Mi encuentro con Miguel Hernández siete años tras su muerte y otras vivencias y recuerdos

Jacinto López Gorgé

Concluía la década de los 40. Yo residía en Melilla, lejos de mi Alicante natal. Y en esto que por Melilla aparece, en un barco carguero que de Alicante venía e hizo en Melilla escala, el poeta Manuel Molina, benjamín del grupo oriolano de Miguel Hernández y Ramón Sijé. Ya se sabe: los poetas que al calor de la tahona de Carlos y Efrén Fenoll se reunían en tertulia literaria. La escala de aquel barco era sólo de una mañana y media tarde, pero tuvimos tiempo sobrado para ascender, en improvisada excursión rifeña, a la cumbre más alta del macizo del tristemente legendario Monte Gurugú. El entonces jovencísimo poeta melillense Miguel Fernández, hoy Premio Nacional de Literatura, puso a nuestra disposición un pequeño y renqueante vehículo que aún no sé cómo alcanzó la cumbre por una infame carretera que más bien parecía camino de cabras. Íbamos todos muy apretados, pero esto no fue obstáculo para que Molina sacara de su cartera, ante nuestros atónitos ojos, un ejemplar de «Viento del pueblo» en aquella bellísima edición del Socorro Rojo (Valencia 1937), realizada en plena guerra civil. Era —y de ahí nuestro asombro— el primer libro de Miguel Hernández —tan prohibido y tan poco conocido por nosotros entonces— que en realidad veíamos. A lo largo del trayecto, el libro iba de unas manos a otras y, ya en la cima, al abrigo del minúsculo y casi derruido y abandonado Castillo de Basbel, comenzamos a leer en voz alta todos —absolutamente todos— los poemas, desde el inicial «Elegía primera», dedicada a García Lorca, al último, «Fuerza del Manzanares». Fue una lectura febril y apasionada. También sorprendente —muy sorprendente— para nosotros los poetas de Melilla, además de furtiva y, sobre todo, temerosa. Aunque allí hubo —no siempre— un destaca-

mento de La Legión —entonces, claro está, no lo había—, ¿qué hubiera sido de nosotros de haber escuchado algún cabo o sargento legionario poemas como, por ejemplo, «Rosarito Dinamitera», «Jornaleros», «Ceniciento Mussolini» o «Pasionaria», entre otros de este nuestro improvisado recital de «Viento del pueblo»? Eran casi los primeros poemas que de Miguel Hernández conocíamos. Poco sabíamos hasta entonces de la obra poética de Miguel. Yo, al menos, sólo conocía las «Nanas de la cebolla» y otros poemas publicados en «Halcón» de Valladolid (1946), revista en la que aparecieron mis iniciales colaboraciones poéticas; algunos otros publicados en la alicantina «Verbo» (1946 y 1947); «Antes del odio», que Juan Guerrero Zamora dio en su revista universitaria madrileña «Raíz» (1949) y la «Elegía» a Ramón Sijé y seis sonetos de «El rayo que no cesa», con los que me topé casualmente, y con no poco alborozo, en un número viejo de la «Revista de Occidente» (1935) que por aquellos años 40 hallé en un kiosco-librería de lance de Melilla.

Pero Manuel Molina embarcó de nuevo con destino a Tánger y Casablanca, donde residía exiliada, juntamente con su esposo, tras los resultados de la guerra civil, una hermana suya. Y en el mismo puerto, al despedirse de nosotros, tuvo el gesto impagable de prestarnos «Viento del pueblo» para que lo mecanografiáramos y se lo devolviéramos a su regreso, promesa que yo cumplí puntualmente. Pío Gómez Nisa, otro de los poetas de Melilla, fallecido en Canarias el pasado 1990, copió de su puño y letra la totalidad de los poemas de «Viento del pueblo». Y lo hizo en las páginas pares de «El rayo que no cesa», recién llegado a España en la edición argentina de Austral de Espasa-Calpe (Buenos Aires 1949), prologada por José María de Cossío. Los sonetos de «El rayo que no cesa», en esa edición que ya en España podríamos adquirir libremente, sólo estaban impresos en las páginas impares. Y Pío Gómez Nisa, que dominaba el verso con cierta maestría andaluza y no poco mimetismo, a la par que copiaba «Viento del pueblo» fue componiendo unos poemas tan en la órbita hernandiana que parecían calcados de Miguel. Y reunió con ellos los suficientes para concluir un libro que tituló primero «Elegía a Miguel Hernández» y presentó después con otro título —«Elegía por uno»— al Premio Boscán de Barcelona, alcanzándolo en 1954. Pío Gómez Nisa y yo habíamos fundado en Melilla, a mediados del 49, la revista «Manantial», cuyo primer número se abría con un poema en prosa —«Mi Melilla entrevista»— de Vicente Aleixandre. En «Manantial» colaboraron los más importantes poetas de la España de entonces y también algunos poetas alicantinos de la época, entre ellos Molina y Ramos. Pero no pude publicar unos inéditos de Miguel Hernández, pese a que yo tuve en mis manos tres sonetos que me facilitó M.ª de Gracia Ifach, la biógrafa de Miguel, con la debida autorización de Josefina Manresa, la viuda, a la que fui a visitar a Elche. Los tres iban destinados a la revista «Manantial» y dos de ellos a su número 7. Estos dos sonetos, de dos épocas muy distantes y distintas en la creación poética de Miguel, eran «Pena bienhallada», escrito entre los años 33 y 34 —en todas las ediciones de obras completas de Miguel Hernández lo sitúan en esos años—, y «Todo era azul», que, aunque en la copia mecanográfica que M.ª de Gracia Ifach me entregó se fechaba —grave error— en 1942, era de 1938. Pero ese número 7 de «Manantial» no llegó

a salir. Tras la publicación de su número 6, mediado 1951, «Manantial» murió. Pío Gómez Nisa no se ocupaba apenas de la revista y no quiso seguir en ello cuando yo abandoné Melilla para instalarme en el interior de Marruecos y, finalmente, en Tetuán, su capital norteña. Y los dos sonetos se los pasé a Miguel Fernández para la nueva revista literaria melillense «Alcándara», que sustituiría a «Manantial» y que él sacó ese mismo año, y de la que fui mentor y consejero, aunque no quise que mi nombre figurara en ella.

Los sonetos se publicaron, pues, en el número 1 de «Alcándara» y, al pie de «Todo era azul» —un soneto de versos alejandrinos por cierto, y no endecasílabos—, esa fecha errónea de 1942, tal como figuraba en la citada copia mecanográfica. Era, sí, errónea la fecha, aunque la copia procedía de la propia Josefina Manresa. Y lo era porque en las pocas semanas del 42 que a Miguel le quedaban de vida —murió el 28 de marzo, recordémoslo— su grave estado y las altas fiebres de la tuberculosis galopante no le permitieron escribir apenas nada. Además, se ha sabido luego —y Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia no sólo lo deducen sino que lo afirman en su «Obra poética completa» (Ed. Zero, Madrid 1976)— que «Todo era azul» es un soneto motivado por la muerte del primer hijo del poeta, que falleció el 19 de octubre de 1938. De este soneto existen varias versiones. Esa que yo dí en «Alcándara», cuando el poema era rigurosamente inédito, y nueve años antes de que se recogiera en las primeras «Obras completas» que de Miguel se publicaron, en edición ordenada por Elvio Romero con prólogo de M.ª de Gracia Ifach (Editorial Losada, Buenos Aires 1960), versión que, salvo en la puntuación, coincidía totalmente con la mía. (Esta misma versión, que parece ser la definitiva, es la que recogieron De Luis y Urrutia en su «Obra poética completa» (edición citada). Pero antes que ésa, Leopoldo de Luis había publicado otra en la revista «Poesía española» (n.º 21, Madrid enero 1963) en reproducción facsimilar del manuscrito de Miguel bajo el cual dibujó las cuencas de dos ojos y sus cejas, versión con no pocas variantes, que Agustín Sánchez Vidal señala en las Notas de su edición de las «Poesías completas» (Aguilar, Madrid 1979), entre ellas la suya, donde en el verso sexto, en vez de *irradiaba*, dice *radiaba*. Quiero advertirlo por mi parte porque se trata de uno de los dos sonetos que yo fui el primero en publicar en una misma página de la melillense «Alcándara», página encabezada con este rótulo: «Dos poemas inéditos de Miguel Hernández». Y a continuación, los sonetos: «I. Pena-bien hallada. II. Todo era azul». De «Pena-bienhallada» mi versión es la misma que la de Sánchez Vidal, porque en la de Elvio Romero y en la da L. de Luis y J. Urrutia hay —Sánchez Vidal también lo señala— algunas ligeras variantes.

El tercero de los poemas inéditos que yo guardaba desde 1951, lo reservé para la nueva revista hispano-árabe «Ketama», que como suplemento literario de «Tamuda», publicación de investigaciones marroquíes, me propusieron dirigir en Tetuán. Fui director responsable de «Ketama» desde 1953, en tiempos del Protectorado Español, y seguí siéndolo, desde 1957 y hasta finales de 1959, en el nuevo Marruecos independiente. En la primera página de su número 1 (junio del 53) publiqué en «Ketama» ese tercer soneto, titulado «Raso-y cubierto», que años más tarde también recogerían Elvio Romero, L. de Luis y J. Urrutia y

Sánchez Vidal en sus tres respectivos volúmenes de poesías completas de Miguel Hernández. «Raso-y cubierto» es de los mismos años que «Pena-bienhallada». Y al igual que éste, lo situaron entre los poemas de la época de «Perito en lunas»: Romero, en «Otros poemas (1933-1934)»; de Luis y Urrutia, en «Otros poemas no incluidos en libro: Poemas varios (1933-1934)»; y Sánchez Vidal en «Poemas sueltos, II». Pero a Miguel Hernández, desconocido en todo el mundo árabe hasta entonces —y a todo el mundo árabe llegaban nuestras revistas— se le tradujo por vez primera —y lo hizo el poeta marroquí Mohammad Sabbag— en la revista «Al-Motamid», que dirigía desde 1947, primero en Larache y después en Tetuán, la poetisa, también alicantina, Trina Mercader, ya fallecida. No se trataba, sin embargo, de algún poema inédito: era la «Elegía» a Ramón Sijé y se publicó en la sección árabe de «Al-Motamid» de aquel mismo 1953 (número 26) en que apareció «Ketama».

Pero retrocedamos un poco en el tiempo. El verano de 1950 lo pasé yo entre Alicante y Valencia y con Ramos y Molina visité en Elche por vez primera a Josefina Manresa, cuyo escasos recursos económicos dependían exclusivamente de su trabajo casero con una antigua máquina de coser. Nos confesó que le preocupaba mucho la educación de su hijo, Manuel Miguel, ya de once años, y deseaba, si de algún modo fuera posible, que esa educación la recibiera en un colegio de Jesuitas. Ingenuamente creía, y así nos lo confesó, que en ningún sitio mejor le harían saber quién fue su padre y su gran categoría como poeta de España. Como yo partía al día siguiente para Valencia, donde en el Colegio San José de la Compañía de Jesús residía y enseñaba el Padre Bautista Bertrán, poeta con el que me unía cierta amistad, sugerí la idea de visitarle yo mismo y hablarle de todo esto. Y a Valencia me fui con el encargo. No llegué a hacerlo, porque con anterioridad a esa visita, me invitaron a su casa de campo mis amigos María de Gracia Ifach y su marido, el escritor y antólogo Paco Ribes, a los que comenté mi proyectada entrevista con el Padre Bertrán. No les pareció buena la idea y, aunque respetaban los deseos de Josefina, propusieron, en un espontáneo rasgo de generosidad, hacerse ellos cargo del niño Manuel Miguel, alojándole en su casa de Valencia, matriculándole en el Liceo Francés y corriendo con todos los gastos como si de un hijo suyo se tratara. Cuando volví a Alicante, así lo comuniqué a Ramos y Molina, y éstos, a Josefina Manresa, que finalmente aceptó. Pocas semanas después llegaba el matrimonio Ribes a Elche, para recoger al niño y llevarlo a Valencia, donde vivió con ellos varios años.

Aquel mismo verano del 50 conocí uno de los más hermosos y escalofriantes poemas —para mí— de toda la obra de Miguel: el tríptico «Hijo de la sombra», «Hijo de la luz» e «Hijo de la luz y de la sombra», tres poemas que se complementan —en realidad es uno sólo—, absolutamente desconocidos por entonces. Era la versión primera —la que se publicó en la edición de Ramos y Molina, diseñada e ilustrada por Miguel Miró, bellísima edición de pliegos sueltos en carpeta de gran formato, de tirada limitada, como para bibliófilos—, que se incluiría en el extraordinario de la Colección Ifach titulado «Seis poemas inéditos y nueve más» (Alicante 1951). No olvidaré fácilmente la impresión que me causó este poema, o trilogía de poemas, cuando Vicente Ramos, en la primitiva Biblioteca Gabriel

Miró de la calle San Fernando, nos lo leyó en voz alta, con entusiasmo desbordado, antes de que el libro fuera a la imprenta. Recuerdo el escalofrío que sentí al conocer, sobre todo, estas estrofas que señalo y que a mí me parecieron y me parecen más bellas que las que hoy figuran como definitivas en todas las ediciones hernandianas:

«Hablo y el corazón me sale en el aliento.
Si no dijera cuánto te quiero me ahogaría.
Con espliego y resinas perfumo tu aposento.
Tu eres el alba, esposa. Yo soy el mediodía.
.....
Tejidos en el alba, grabados, dos panales
no pueden contener la miel en los pezones.
Tus pechos en el alba: maternos manantiales,
se atropellan hilando la leche a borbotones.

Y también, las dos finales:

«No te quiero en tí sola: te quiero en tu ascendencia
y en cuanto de tus hijos descenderá mañana.
Porque la especie humana me han dado por herencia,
la familia de mi hijo será la especie humana.

Con el amor a cuestas, dormidos y despiertos,
seguiremos besándonos en el hijo profundo.
Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos,
se besan los primeros pobladores del mundo.»

Nunca me ha emocionado más un poema de Miguel que en aquella exaltada lectura de Vicente Ramos. La copia mecanográfica, con correcciones a lápiz, al parecer del propio Miguel Hernández, la tuve yo en mis manos hasta el día siguiente. Aquella noche, en mi habitación del hotel, la leí y releí una y mil veces.

Éstas son, a grandes rasgos, mi vivencias más remotas en relación con la estela que Miguel Hernández y su poesía, y su viuda e hijo, dejaron en mí aquellos años. Pero hay más. Porque muchos después, en la década de los 70, tras fijar mi residencia en Madrid, viajé otra vez a Elche a solicitar de Josefina Manresa autorización para incluir varios poemas de Miguel en mi antología «Poesía erótica en la España del siglo XX», que se publicaría en Madrid (Ed. VOX) en 1978. Conseguí, una vez más, la autorización de Josefina. Y en mi antología se publicaron, cómo no, esos tres grandiosos poemas, aunque en su versión definitiva, bajo el título general de «Hijo de la luz y de la sombra».

Dos años después, en 1980, Josefina Manresa publicaría su libro «Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández» (Ed. de la Torre, Madrid 1980). Dirigía yo entonces el Aula de Literatura del Ateneo de Madrid y, por diversos conductos,

me propusieron la presentación del libro en uno de los actos por mí organizados en el Ateneo. La propia Josefina Manresa, según acordamos, vendría de Elche y participaría en la presentación. Y así se anunció en las invitaciones. Pero Josefina Manresa no apareció. En carta posterior —dos semanas después— se excusaría diciéndome que «en esos días arrastraba una fuerte gripe». La verdad es que ella —nunca supe por qué— había cambiado su actitud para conmigo. También para con María de Gracia Ifach, a la que tanto debía. Y temía —se lo advirtió a ésta— que yo, en la presentación del acto, cuestionara algún aspecto de su libro de recuerdos. En la tarjeta-invitación se decía que el libro se presentaba «con la participación de Concha Zardoya, Leopoldo de Luis, Francisco Esteve y la propia autora». Y todo —y en todas las intervenciones y en el coloquio final— fue muy positivo para ella. Por mi parte, al iniciar el acto, entre otras cosas, dije: «Josefina Manresa, viuda de Miguel Hernández, nos entrega ahora un libro que no es sólo un cálido y sincero testimonio de su vida con el poeta, sino también, y sobre todo, un documento único, más que nada por estar escrito, dentro de las limitaciones en que una mujer no escritora se sitúa, con el descarnado realismo de quien tan íntimamente compartió con él dichas y penas».

Pero «Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández», pese a la buena acogida que en el Ateneo le dispensamos y a la buena prensa y gran eco que este acto y la publicación del libro tuvieron, terminó por levantar polémica cuando meses después Josefina Manresa —mal aconsejada, sin duda— hizo con cierto resentimiento injustificado algunas afirmaciones en «Blanco y Negro» (Madrid 2-7-80) que, obviamente, no debieron gustar ni a María de Gracia Ifach ni a Guerrero Zamora, primer biógrafo y estudioso de Miguel Hernández, como es sabido («Miguel Hernández, poeta», Ed. El Grifón, Madrid 1955). M.ª de Gracia Ifach, ya se sabe también, es la autora de otra importante biografía («Miguel Hernández, rayo que no cesa». Plaza y Janés, Barcelona 1975). En cuanto a lo que Josefina Manresa dijo de M.ª de Gracia Ifach y Paco Ribes, a mí, que había sido testigo e intermediario en el episodio de la educación del pequeño Manuel Miguel, no me gustaron tampoco. Porque no, no se ajustaba a la verdad decir que «mi hijo se fue a vivir a la casa de María de Gracia Ifach y su marido, pero cuando terminó aquel curso ya no lo quisieron. Entonces, cuando el chiquillo había conocido una vida mejor, porque allí tenía más alegría y más comodidades, se la quitaron». Y no se ajustaba esto a la verdad porque las cosas no fueron así, sino como yo, testigo de excepción, antes dije. Pero como la bondadosísima María de Gracia Ifach, que murió años después, no quiso responder, no voy a entrar yo ahora en más detalles. Sí que lo hizo Guerrero Zamora, que en «ABC» salió al paso de algunas de las afirmaciones de Josefina Manresa en «Blanco y Negro» y de otras que aparecieron en su libro. De algo de esto, aunque de pasada, habla también Guerrero Zamora en su reciente libro «Proceso a Miguel Hernández» (Ed. Dossat, Madrid 1990).

Escribo todo esto —son mis recuerdos, vivencias y experiencias posthernandianas— en el umbral de 1992 y para un libro-homenaje a Miguel Hernández con motivo del cincuentenario de su muerte. Y, ya para terminar, me referiré al que fue su XL aniversario, a cuyos actos conmemorativos asistí. En 1982 esta

efemérides tuvo especialísimo relieve en Orihuela y Alicante, motivado por la peregrinación que la Asociación de Amigos de Miguel Hernández, de Madrid, a la que yo me sumé, hizo a las dos poblaciones, contribuyendo, a nivel nacional, a los diversos actos que el 27 y 28 de marzo había programado el Ayuntamiento de Orihuela y que los expedicionarios madrileños prolongamos a Elche —residencia de la viuda del poeta— y al cementerio de Alicante, donde Miguel reposa desde 1942, y ante cuyo antiguo nicho, acompañados por Josefina Manresa, la viuda, tuvo lugar el emocionante homenaje final de ese XL aniversario.

En los actos programados para Orihuela, hubo una escenificación de textos y poemas de Miguel en la misma calle de Arriba, hoy llamada calle de Miguel Hernández. Visitamos primero la casa n.º 73, donde vivió el poeta, en restauración entonces por el Ayuntamiento oriolano, que proyectaba destinarla a Casa-Museo. Pero antes me acerqué yo, casi al otro extremo de la calle, a la casa donde se situaba la tahona de los Fenoll. No quedaba casi nada de aquella tahona. Sólo los muros de una casa en ruina, deshabitada y mucho tiempo abandonada, en la que puertas, ventanas y balcones, con sus maderas carcomidas y sus cristales rotos, nada nos dicen de aquel que fue santuario de la poesía. Contemplado los muros de lo que fue tahona y acomodo de aquellas tertulias conducidas por Ramón Sijé, me detuve a pensar, más que en los poetas contertulios de Miguel, en Josefina Fenoll, «la panadera de pan más trabajado y fino», hermana de Carlos y Efrén. Se ha dicho muchas veces que Josefina, atentiendo al mostrador del pan y a los poetas, era amiga de todos y todos la querían fraternalmente. Y también que todos andaban como enamoriscados de ella. Y Miguel no fue excepción. Pero fue Ramón Sijé quien verdaderamente estaba enamorado y acabaron siendo novios. Evocando la tahona, Carlos Fenoll escribía, años antes de su muerte, que «vino a ella Ramón Sijé, recién nacido al amor, tras su estrella amorosa, Josefina».

Josefina Fenoll casó, tras la muerte de Sijé, con otro de los contertulios, Jesús Poveda, y en 1982 había regresado con su marido de México, tras largos años de exilio, y estaba allí, en Orihuela, para asistir con nosotros a los actos del XL aniversario de la muerte de Miguel. Como lo estaba también otra mujer cantada por el poeta años más tarde, en plena guerra civil. Me refiero a la legendaria «Rosario dinamitera» de «Viento del pueblo». Los años no han perdonado a una y otra, aunque Rosario se conserva mejor. Pero conversando con Josefina y contemplándola allí, en la calle de Arriba, entre lo que fueron su tahona y la casa de Miguel, no era fácil rehuir la evocación, pese a la ruina humana de esta Josefina de ahora: una muy envejecida pero elegante señora con sombrero, a la que su marido, Jesús Poveda, conducía cuidadosamente del brazo, porque Josefina está casi ciega. Y me venían inevitablemente a la memoria los versos de la «Elegía» anterior, la que canta la muerte de Sijé, «compañero del alma, tan temprano», que es la más conocida porque Miguel la incluyó en «El rayo que no cesa». Pero lo que, al estrechar la mano de esta Josefina Fenoll, me venía sobre todo a la memoria, eran los otros tercetos de la otra «Elegía», cuando también «en Orihuela, su pueblo y el mío», Miguel, inconsolable, hablaba así a la novia de su amigo muerto:

«Retírate conmigo al campo y llora
a la sangrienta sombra de un granado
desgarrado de amor como tú ahora.

Panadera de espigas y de flores,
panadera lilial de piel de era,
panadera de panes y de amores.

No tienes ya en el mundo quien te quiera,
y ya tus desventuras y las mías
no tienen compañero, compañera».

Pero Josefina Fenoll, que tan enamorada estuvo de Ramón Sijé, no tenía vocación de novia eterna. Y como sí tenía quien en el mundo la quisiera, pese al verso de la elegía hernandiana, acabó por aceptar a uno de los enamoriscados de aquel grupo de la tahona: Jesús Poveda, que la requirió formalmente de amores y con quien contrajo matrimonio no muchos años después, yéndose con él, cuando la guerra civil, al exilio mexicano. Ya he dicho que la elegía a la panadera, gemela de la escrita a la muerte de Ramón Sijé, no fue incorporada, como ésta, a «El rayo que no cesa». «Si son ciertas mis noticias —escribió De Luis en una Nota de la «Obra poética completa»— Miguel no incluyó aquel poema en el libro en vista de que la muchacha no respetó mucho tiempo la memoria del novio». Esto lo confirmó ante mí la propia Josefina Fenoll, quien además, conversando también en Orihuela, asintió cuando le pregunté por lo de que todos, y en especial Miguel, anduvieron algo enamorados de ella. Esto no gustaba nada, y es comprensible, a la otra Josefina, la verdadera y definitiva: Josefina Manresa, que siempre negó tal cosa y sostenía, con razón, que el único amor de Miguel Hernández fue ella. Yo me inclino a considerarlo así cuando supe, por María de Gracia Ifach, todo esto. Y pienso que el único y gran amor de su vida, el gran amor de Miguel Hernández, más allá de la vida y de la muerte, fue el de la mujer que inspiró los poemas de «El rayo que no cesa», su primer gran libro de amor, y la misma y única mujer que está presente en toda su poesía amorosa, la que culmina en «Cancionero y romancero de ausencias» y en toda su poesía última.

Quiero dejarlo dicho en recuerdo y homenaje a la memoria de Josefina Manresa, muerta en 1987 y hoy enterrada junto a su esposo e hijo en la nueva sepultura que en una rotonda central del cementerio de Alicante el Ayuntamiento dedica y reserva hoy para alicantinos ilustres. Mis personales recuerdos y vivencias posthernandianos —los que comencé a vivir a partir de 1949, siete años después de que nuestro gran poeta muriera y cuyo cincuentenario conmemoramos— concluyen, pues, aquí, con estas palabras de homenaje a Josefina y en recuerdo y homenaje también a esos otros amigos muertos —Pío Gómez Nisa, Trina Mercader y, sobre todo, mi entrañable Manuel Molina— que tanto se relacionaron conmigo, de un modo u otro, a lo largo de todas estas vivencias.